discursofuneral.es

Buenas tardes.

Gracias por estar aquí, por acompañar a la familia de Don José Manuel Álvarez Carrasco en este servicio de cremación, y por traer con su presencia un abrazo que las palabras, a veces, no alcanzan a dar. Hoy nos reunimos no solo para despedir a Don José, como todos le llamábamos con cariño, sino para celebrar una vida vivida con integridad, disciplina y una elegancia que se notaba tanto en su forma de hablar como en su manera de estar en el mundo.

Yo hablo como su amigo, y también como su compañero de club de ajedrez durante más de veinte años. Dos décadas de tableros compartidos, de silencios pensantes, de sonrisas discretas después de una combinación bien vista, y de cafés que se alargaban más que las partidas. He tenido el privilegio de aprender junto a él, de reír con su ironía amable y de contagiarme de su paciencia admirable, esa paciencia que le salía natural al explicar una línea compleja o al escuchar un problema ajeno como si nada más importara.

Hoy miro a Marta e Ignacio, a sus nietos Lucía y Álvaro, a su hermano Ricardo, y recuerdo que Don José siempre hablaba de ustedes con un brillo especial en los ojos. Hablaba de Elena, su amada esposa, a quien hoy estoy seguro vuelve a encontrar desde la paz. Para él, la familia fue siempre el centro. Y para nosotros, sus amigos, era evidente: cada logro de sus hijos, cada travesura de los nietos, cada recuerdo con su hermano, eran jugadas maestras que él atesoraba con orgullo silencioso.

Don José nació en León, y desde muy joven entendió que la vida exige movimiento y propósito. Se trasladó a Madrid para estudiar Derecho y, con la misma constancia con la que luego estudiaría aperturas y finales, se convirtió en un abogado laboralista de referencia. Ejerció durante cuatro décadas con la rectitud de quien sabe que la justicia no es una abstracción, sino algo que se

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

encarna en cada persona, en cada caso, en cada palabra dada. Fue mentor de jóvenes profesionales, y muchos aquí podrían contar cómo una conversación con él—a veces breve, a veces larga—podía enderezar una vocación, afinar una decisión o devolver la confianza cuando flaqueaba. En su comunidad, siempre estaba. No hacía ruido, no buscaba focos; cumplía. Y esa forma de estar, firme y serena, sostenía a más personas de las que hoy podemos imaginar.

Quienes compartimos con él el amor por el ajedrez sabemos que su estilo de juego decía mucho de su carácter. Era preciso, sin prisas; prefería las jugadas que construyen y no las que deslumbran. Siempre tenía un plan. Y cuando uno de nosotros perdía la paciencia, él levantaba una ceja, sonreía apenas y decía: “En la vida, como en el tablero, piense tres jugadas más.” Ese consejo me acompaña desde la primera vez que lo escuché. A veces, frente a un problema del trabajo; otras, ante una decisión familiar. Y confieso algo: todavía cuando voy a precipitarme, lo escucho como si estuviera a mi lado, con ese tono de profesor cordial y amigo leal, recordándome que la prisa y la buena respuesta rara vez viajan juntas.

Sus pasiones decían mucho de su alma. Amaba la zarzuela y la música clásica, y podía tararear pasajes enteros mientras movía las piezas. Leía historia con la curiosidad de quien comprende que el pasado habla, si uno se toma el tiempo de escucharlo. Cuidaba su terraza con dedicación: esos geranios, esas aromáticas, ese orden que no era rigidez, sino cariño por lo que crece. Y caminaba por El Retiro como quien vuelve a casa: conocía sombras de árboles, bancos discretos, senderos donde el ruido no interrumpe el pensamiento. A veces lo acompañé; otras, me contó de esos paseos en los que resolvía mentalmente un final de torres o preparaba la manera más justa de plantear un caso difícil.

Era íntegro. La palabra “integridad” se usa fácil, pero en él era sustancia. Su cortesía no era un gesto social; era una convicción. La disciplina no era dureza; era respeto por el tiempo propio y el ajeno. Y la responsabilidad con la palabra dada… qué lección tan grande en tiempos en que todo parece negociable. Si Don José le prometía algo, podía usted dormir tranquilo: se haría. Y si debía

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

decir no, lo haría con esa elegancia al hablar que le conocíamos, y con la ironía amable que suavizaba cualquier negativa.

Permítanme compartir un recuerdo que guardo como un tesoro. Sábado por la tarde, café en mano, tablero abierto, y él colocaba, con ese cuidado suyo, las piezas de una partida antigua. Me pedía que mirara el medio juego como si fuera la primera vez, que olvidara lo que creía saber, que “no me casara con una idea demasiado pronto”. Yo, impaciente, proponía una secuencia ambiciosa. Él callaba unos segundos, como si escuchara la música del movimiento, y luego decía: “Piense tres jugadas más.” Cuando, al fin, veía el peligro oculto o el sacrificio necesario, él asentía. No hacía falta elogio; bastaba esa mirada de aprobación, serena y limpia. Aprendí a pensar mejor, sí. Pero sobre todo aprendí a vivir mejor: a mirar consecuencias, a considerar al otro, a no confundir valentía con temeridad.

Hoy, al despedirlo, me pregunto qué es lo que más extrañaremos. Para mí, su saludo caballeroso, ese gesto que dignificaba el encuentro; sus anécdotas llenas de sabiduría, contadas sin alardes; y esa mirada serena ante los problemas, que nos decía, sin decirlo, que siempre hay una jugada más si conservamos la calma. Sé que muchos agradecerán, como yo, su amistad leal. Nos enseñó a enfrentar la vida con la cabeza fría y el corazón noble. Y eso no se pierde: se hereda. Se hereda en Marta e Ignacio, que aprendieron de su ejemplo. Se hereda en Lucía y Álvaro, que encontrarán en los relatos sobre su abuelo un mapa secreto de cómo ser valientes con gentileza. Se hereda en Ricardo, su hermano, en esas memorias compartidas que a veces curan más que el tiempo.

Hay algo particularmente noble en la vida de Don José: la coherencia. El niño de León, curioso y aplicado, se hizo joven en Madrid para estudiar Derecho y defender a quienes necesitaban una voz firme. El abogado eficaz fue mentor generoso. El caballero de modales medidos fue el amigo dispuesto a escuchar. El ajedrecista amante de las combinaciones claras fue también el caminante paciente de El Retiro. Nada sobraba, nada faltaba. Su vida fue una partitura bien interpretada, con movimientos vivos, pausas necesarias y un final en el que el silencio tiene sentido, no porque no haya música, sino porque la música ya vive

en nosotros.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Sé que hoy duelen los espacios que quedan: la silla en la mesa, la terraza silenciosa, el tablero recogido. Duele, sí. Pero también sé que, cuando la pena baje su volumen, quedará una gratitud enorme. Gratitud por su ejemplo, por su valentía tranquila, por su sentido del humor fino que desarmaba tensiones, por su defensa de la justicia sin estridencias y por esa fidelidad a lo que importa: la familia, los amigos, la palabra cumplida.

Si me lo permiten, quisiera hablarle un momento a Don José, como tantas veces: Amigo, usted nos enseñó a mirar el tablero completo. Hoy nos toca a nosotros jugar con lo aprendido. Vamos a cuidar de los suyos, vamos a tratar a los demás con la cortesía que a usted le gustaba ver en el mundo, vamos a mantener la paciencia cuando el reloj apriete. Y, cada tanto, nos daremos un paseo por El Retiro, tarareando un fragmento de zarzuela, pensando tres jugadas más, y sonriendo por dentro al recordar su ironía amable.

A Marta e Ignacio, a Lucía y Álvaro, a Ricardo, a todos los que hoy sienten un vacío: ojalá encuentren consuelo en la certeza de que una vida así no se extingue, se transforma. Lo que Don José sembró en cada uno de nosotros seguirá dando fruto, en decisiones más justas, en conversaciones más honestas, en gestos de generosidad que quizás nadie vea, pero que cambian el día de alguien. El duelo es un camino, y no hay prisa: camínenlo a su paso, sabiendo que él estaría a su lado, sin imponerse, acompañando, como hacía siempre.

Nos despedimos, sí, pero no desde la oscuridad, sino desde la gratitud. Hoy celebramos al abogado laborioso, al mentor paciente, al lector de historia, al amante de la música, al jardinero de su terraza, al caminante de El Retiro, al compañero de ajedrez, al amigo leal, al padre, abuelo y hermano que fue sostén y ejemplo.

Gracias, Don José, por tanto. Gracias por su vida, por su bondad y por su manera de enseñarnos sin levantar la voz. Nosotros seguiremos aquí, honrando su memoria de la forma que a usted más le gustaría: con disciplina, con cortesía,

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

cumpliendo la palabra, y sin olvidar que, en la vida, como en el tablero, siempre conviene pensar tres jugadas más.

Descanse en paz, amigo. Su partida nos duele, pero su huella nos sostiene. Y, de algún modo misterioso y hermoso, su presencia permanece en cada uno de nosotros.

Este discurso fue creado con discursofuneral.es.Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora endiscursofuneral.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es